

El melodrama y la tragedia

En sitios más oscuros

JUAN CARLOS ECHEVERRY

Planeta, Bogotá, 2019, 155 pp.

LA PRIMERA novela de Echeverry tiene seis capítulos. El primero, “La manigua”, presenta los personajes y su situación. Corre el año de 1975. Cayetano Jáuregui, el narrador de 26 años, y su hermano Aristides, de 37, son requeridos en Villavicencio por el padre, de quien hace doce años no tienen noticias: al viejo se lo había tragado la manigua y ahora se aparece mediante un telegrama diciendo que los necesita con urgencia. Aristides y Cayetano son los hijos varones de una familia burguesa de clase media que, ante la ausencia del padre, debió ayudarse económicamente de forma mancomunada. Aunque no aporta nada en lo argumental, hay un deseo vehemente por contar cómo el menor de los hermanos ha financiado sus estudios profesionales y de posgrado, y cómo ha contribuido a la economía doméstica, sus diferentes trabajos temporales y las personas que le han ayudado con préstamos y financiación; se puede suponer que se trata de enfatizar la perseverancia, la capacidad y la buena estrella del protagonista, aunque también que Cayetano le concede demasiada importancia al dinero. Así las cosas, los hermanos Jáuregui viajarán a Villavicencio en un jeep propiedad del hermano mayor.

En el segundo capítulo, “Un marino”, se relata el encuentro. El padre, un abogado litigante con cierta vocación por los desvaríos comerciales, le ha pedido a sus hijos que lleven a los Llanos Orientales a un capitán de barco. El escogido es Sandro Mercantelli, un veterano de Vietnam y amigo del hijo mayor. El encuentro es emotivo, el viejo llora al ver a sus hijos después de tantos años y ellos disfrutaban también del momento; Aristides siempre ha idolatrado a su padre y le ha perdonado la irresponsabilidad con su familia. Cayetano, que ha sido más crítico y vivió su adolescencia sin la cercanía y la guía tutelar del papá, también celebra el encuentro y se deja llevar por el clima de calidez familiar. Es paradójico que en el primer capítulo tuviera una

actitud de rechazo hacia su padre, que lo quisiera castigar retrasando el viaje, y ahora se deje contagiado por la emoción del paseo. Todas las crisis económicas que lo obligaron a trabajar para poder pagar sus estudios han quedado adormecidas en su memoria y ahora, al ver la soledad en que vive el viejo, se conmueve hondamente.

El tercer capítulo, “El Dilema”, corresponde al nombre de la finca a la que se dirigen. La conversación que se entabla por el camino es trivial. Se detienen en Maya, una aldea desangelada, cuya minuciosa descripción permite apreciar las aptitudes narrativas de Echeverry, así como la utilización de un clásico recurso narrativo: retrasar las respuestas y mantener las expectativas. El padre se reserva las motivaciones del viaje, y los hijos, el marino y el lector de la novela permanecen expectantes por los eventos futuros. Continúan el viaje a pie hasta la pequeña finca que limita con las propiedades de un par de vecinos ventajosos, de esos que se roban el agua y los pastos y que corren las cercas. Para el lector y para los personajes va quedando claro que la presencia de los hijos tiene como objetivo exhibir ante los vecinos el respaldo familiar del viejo. Conforme Cayetano va relatando las peripecias del viaje, va recordando trozos de historia familiar, los abuelos, la hacienda cafetera de la población de Villahermosa, en el Tolima. Él es un joven de la década de 1970 que vive una perenne nostalgia por el ayer campesino y continuamente describe hechos y sucesos exteriores y objetivos; experimenta una adolescencia que aún no termina y que lo lleva a indagar por su identidad, orígenes y futuro. Hacia el final del tercer capítulo hay una vuelta de tuerca. Aunque inicialmente las tensiones interiores de Cayetano dan paso al conformismo y a la voluntad de sus mayores, ora el padre, ora el hermano, hay un momento en que tiene el coraje para encarar al papá y preguntarle por sus irresponsabilidades del pasado. Es un instante de honda tensión que se vive en un clima marcadamente masculino y al calor de unos aguardientes, por lo que esas ansiedades acumuladas durante tantos años se quedan en preguntas sin respuestas, en justificaciones evasivas, en una sumatoria de monosílabos y silencios, en juegos de palabras, en conversaciones de borrachos.

El cuarto capítulo, “Pero una palabra suya”, se inicia con una conversación entre los hermanos Jáuregui al día siguiente de la confrontación de Cayetano al padre. Aristides insiste en que el motivo del viaje no es enjuiciar al papá sino hacerle compañía, pero el hermano menor se opone y le dice que él siente que debe reclamar por su mamá y sus hermanas. Aristides, por ser el hermano mayor, sabe detalles que Cayetano desconoce, y sabe también que tras el viaje su hermano puede llegar a conocerlos. La temporada en El Dilema se extiende por nueve días y los hombres de la familia comparten aventuras y charlas. Pero una nueva sorpresa les dará el padre cuando les informe que es propietario de una embarcación y que deberán ir por ella a San José del Guaviare.

En el quinto capítulo, “Como las gaviotas”, el viaje de regreso a Villavicencio sirve como marco para que el padre haga memoria y les cuente a sus hijos su historia de vida, la niñez en Villahermosa, los estudios en la Normal de Tunja, la llegada a Bogotá, la fábrica de jabón y su carrera como abogado. Al día siguiente, en San José del Guaviare, Cayetano vuelve a enfrentar al padre, le pide explicaciones y se ofrece a llevar razones a su mamá y a sus hermanas. Quiere entender por qué la separación del matrimonio significó también el olvido frente a sus hijos; pero al hablar con su papá, termina por reconocer que “la versión definitiva, la certidumbre, la justicia o el veredicto que se pudieran emitir sobre el abandono del Viejo me eludían” (p. 117). Lo que se inicia como el melodrama de un joven que se siente abandonado por el padre termina siendo el feliz encuentro de dos generaciones. Finalmente Cayetano entiende que su papá es un ser complejo, muy diferente de él, y que se rige por códigos de otras épocas y por un marco de valores distinto al suyo, ni mejor ni peor, sino solo distinto. Ese es el momento en que atraviesa su línea de sombra, se convierte en un adulto y se pregunta:

Por qué lo vimos alejarse, primero días, luego semanas y al final meses y años, y nadie acudió a él, sino que nos conformamos con su ausencia, lejanos de sus proyectos inconexos y etéreos, y nos refugiamos en una realidad predecible, ordenada y dura. (p. 127)

Luego la historia de padre, hijos y amigo tomará un rumbo insospechado y trágico.

En el capítulo sexto, “La casa nueva”, la anécdota da otro giro sorpresivo. En la novela hay dos relatos paralelos en dos tiempos: el pasado en que discurre la historia de vida del padre y el presente al que asiste el lector como testigo de la última visita de los hijos. También hay dos personajes centrales: Aristides el padre y Cayetano el hijo. La novela es un pretexto para vincular la geografía agreste, allende las ciudades, con la audaz personalidad del viejo Jáuregui, un hombre de ideas políticas conservadoras que, por su cultura libresca y su afición a la poesía, también es un espíritu indómito, lenguaraz y jocundo, que cita versos de memoria, y por tanto casi siempre con errores –los versos de Ismael Enrique Arciniegas (p. 38) o de Gerardo Valencia (p. 120)–, o inverecundo atribuye a Ciro Mendía versos de Ricardo Nieto (p. 120). La sensibilidad de Cayetano en el primer capítulo, que lo mueve a la redacción de una memoria familiar –el libro que estamos leyendo–, se desdibuja con el correr del relato: el personaje va dejando atrás los resentimientos y entonces trata de comprender íntegramente a su padre. El viaje en el espacio entraña una modificación de su experiencia subjetiva; la visión del joven solipsista que cree ser el centro del mundo se transforma con el paso de las páginas en un viaje al exterior, al afuera. Esa mutación está inspirada en el ejemplo del padre, en su ánimo colonizador y pionero, en su enmarañamiento vital dentro de la naturaleza, en su gesta individual que se transforma en familiar y colectiva. *En sitios más oscuros* es una nueva expedición a la búsqueda y a la recreación del padre como origen y como pilar, un tópico frecuente en la literatura colombiana, en la ficción y en la no ficción, en autores tan diversos como Helena Iriarte, Plinio Apuleyo Mendoza o Héctor Abad Faciolince.

Carlos Soler